



La pobreza del sacerdote

- Introducción: fragilidad y pobreza sacerdotal.
 1. Aproximación y tratamiento de la Palabra.
 2. Precio de la empatía, fatiga por compasión y burn-out.
 3. Soledad no deseada.
 4. Gestión de los afectos.
 5. Celos y envidia.
 6. La salud de los presbíteros.
 7. Síndromes religiosos cristianos.
 8. Final de vida y muerte.
 9. Digitalización y pastoral.
 10. Nadie puede servir a dos señores.
 11. El sanador herido.

Introducción

En la misma Sagrada Escritura encontramos evocación a la fragilidad humana en la que se contiene el tesoro de la Buena Noticia: “Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro para que se vea bien que ese poder extraordinario procede de Dios y no de nosotros” (2 Cor 4,7).

Nos interesamos en estas páginas por la fragilidad y la pobreza sacerdotal no en clave de opción, sino como constatación de la humanidad frágil a nivel psicológico y ético. Nuestra mirada a la cara oscura pretende rescatar la esperanza de que nombrar la realidad sea un modo de diagnosticarla para empoderarnos y encontrar el diagnóstico adecuado. Presuponemos, y sostenemos en todo momento, una mirada positiva sobre el sacerdocio ministerial, a pesar de centrar estas páginas en eventuales zonas oscuras.

El primer logro que podremos alcanzar, al mirar los límites del sacerdote, confiamos que sea el deseado por Crevier, citado en la Constitución del Instituto de Sacerdotes del Prado: “*En la pobreza el sacerdote encuentra su fuerza, su poder y su libertad. La pobreza nos mantiene en las manos de Dios, en la humildad, (...) (C53). La pobreza auténticamente evangélica va acompañada siempre de la humildad.. (C 56)*

Exploraremos algunos campos donde más visible puede ser la pobreza del presbítero que reclama sanación, purificación, conversión, cambio. Conectaremos las pobrezas con la Palabra de Dios, de la que emanan claves para un abordaje saludable o una vivencia del equilibrio y la madurez personal. Asimismo, encontraremos en la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis: El don de la vocación*, de 2016, indicaciones sobre algunas de ellas.

1. Aproximación y tratamiento de la Palabra.

El presbítero ha de estar conectado, familiarizado, en permanente aprendizaje y oración en torno a La Palabra de Dios. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” (Rm 10,17)

Existe la tentación de no escrutarla ni “prepararla” (homilética) o acomodarla de manera “demasiado humana”, haciéndola decir nosotros, en lugar de escuchando y comprendiendo lo que dice.

La antigüedad le daba importancia también al uso de la palabra humana, **la Peithó**. Hoy vivimos el riesgo de “tirar de internet” para las homilías...

Existe igualmente el riesgo de dejar de lado **la escucha** en la acción pastoral. *El Papa Francisco ha dicho que “en la acción pastoral, la obra más importante es “el apostolado del oído”. Escuchar antes de hablar, como exhorta el apóstol Santiago: «Cada uno debe estar pronto a escuchar, pero ser lento para hablar» (1,19). Dar gratuitamente un poco del propio tiempo para escuchar a las personas es el primer gesto de caridad.” Nos decía el Papa Francisco que “solo prestando atención a quién escuchamos, qué escuchamos y cómo escuchamos podemos crecer en el arte de comunicar, cuyo centro no es una teoría o una técnica, sino la «capacidad del corazón que hace posible la proximidad» (Exhort. ap. Evangelii Gaudium, 171).*

Decía Carl Gustav Jung que le sorprendía que, entre tantos discursos sobre la parábola del Buen Samaritano, aún no se había profundizado suficientemente sobre las implicaciones de identificarse con el herido. Decía él que los cristianos tenemos dificultad a ver a Cristo en nosotros mismos, aunque predicamos abundantemente exhortando a verlo en los demás, en la debilidad y en el que sufre. Es el riesgo de ver la Palabra para los otros y nosotros los proclamadores.

2. El precio de la empatía

El presbítero ha de calibrar bien la implicación con el mundo de los fieles y su saber estar y no estar. “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”. (Jn 16, 7). Saber implicarse y saber separarse correctamente en la implicación emocional con las personas a las que se acompaña, con las asambleas que se preside, es un reto.

Hoy hablamos del precio que tiene la implicación con el mundo del sufrimiento, llamado “fatiga por compasión”. Es inevitable el precio de la empatía. Implicarse comporta una afectación, y así ha de ser, vibrar con los fieles, con las asambleas, al ritmo que palpita el corazón, a veces gozoso, otras amargado, otras desesperado, como puede ser el caso de los funerales por jóvenes que se han suicidado.

La fatiga por compasión es compatible con la llamada “satisfacción por compasión”, es decir con la sana conciencia de estar haciendo bien el bien, de estar comprometiéndose en construir el Reino.

Pero existe también el riesgo de que la intensidad de la fatiga por compasión sea exagerada, el riesgo del síndrome del “burn-out” o del quemado. Se da en profesiones de relación de ayuda, y también entre presbíteros.

El documento “*El don de la vocación presbiteral: Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*” se refiere a este riesgo de cansancio: “La entrega total al propio ministerio: con el paso del tiempo, el cansancio, el natural decaimiento físico y la aparición de los primeros problemas de salud en los conflictos, las desilusiones respecto a las expectativas pastorales, el peso de la rutina, la dificultad para cambiar y otros condicionamientos socio-culturales”.

Las consecuencias del síndrome del burn-out se traducen en agotamiento emocional, aparente apatía, ritualización de las conductas, despersonalización en la relación, y baja o nula experiencia de auto-realización en el despliegue del propio ministerio.

Entre las causas del burn-out o síndrome del quemado están también las circunstancias y el entorno en el que vivimos hoy en la sociedad y en la Iglesia. Son momentos también de desprestigio de la Iglesia, de menos satisfacción pastoral, de fragmentaciones en lo que se refiere a la Iglesia universal o disminuida comunión.

San Pablo exhorta a cuidarse. Se ha convertido también en un lema: “cuidarse para cuidar”. Se escucha aquí y allá, sobre todo en contextos de profesionalización del cuidado, como el mundo sanitario. Se hace necesario también, para los presbíteros. Lo advierte Pablo mismo: “Ten cuidado de ti mismo y de la enseñanza; persevera en estas cosas, porque haciéndolo asegurarás la salvación tanto para ti mismo como para los que te escuchan”. (1 Ti 4,16)

No es menos relevante el riesgo que existe en los pastores que, oyendo y tocando la fragilidad moral de los demás (en el confesonario y acompañamiento espiritual), pueden familiarizarse tanto con “el mal” que la autoexigencia ética disminuya. Lo que es visto como pecado en la conducta de los fieles, puede ser aceptado sin autoconfrontación en uno mismo, con solo mantenerlo en silencio, sin escandalizar. Un riesgo que puede generar baja moral.

3. Soledad no deseada.

“Me muero de tristeza” (Mc 14, 34), dice Jesús en Getsemaní.

El tema de la soledad es de suma importancia hoy. Se interesan por él los gobiernos locales, autonómicos, estatales, de diferentes formas. Se interesa por él el mundo del mercado. Como también los servicios sociales. Y la sociología. Los presbíteros no solo viven soledad deseada y fecunda, de intimidad con el Señor, productiva, orante, sonora, habitada. También sufren soledad.

Quizás sea vivida de manera diferente en las distintas edades de la vida, pero no son pocos los presbíteros que acusan una soledad no deseada, y los que reconocen que la sienten habitada de fantasmas, de vacío, de sinsentido, de tentaciones. No falta quien se deprime,

como ser humano vulnerable, y quien frecuenta internet, entre cuyas búsquedas no es de poca importancia la pornografía, con el riesgo de generar adicción y problemas vinculares con las personas. Otros desarrollan comportamientos hiperactivos, que disminuyen la madurez y la capacidad de escudriñar la Palabra que luego comentarán.

4. Gestión de los afectos en los sacerdotes:

Es frecuente que los presbíteros mantengan un vínculo muy especial con la madre. No son pocos los que refieren el drama de “haberla enterrado”, como también el difícil tiempo de la dependencia y el reclamo de cuidados. Vivir el vínculo con salud relacional, en clave de interdependencia, es también un desafío.

Conocemos el fenómeno de la transferencia porque el psicoanálisis nos ayudó. Se trata de ese tipo de relaciones en las que una persona (el presbítero, en este caso), es vista y tratada por otra, como si fuera un tercero, que en realidad aquel tiene introyectado en su pasado. Es el caso del enamoramiento de algunas personas de los sacerdotes, como también el rechazo compulsivo sin razones sólidas, el rechazo sistemático. Estos sentimientos, expectativas y comportamientos desproporcionados en relación a la identidad de los presbíteros, y vividos por algunas personas, generan dificultades. Pero más severa es la sombra proyectada por la conducta de algunos que, sabiendo que frustrarán expectativas, nutren deseos con su comportamiento inmaduro.

Uno de los grandes y severísimos problemas reside en los abusos sexuales de menores. Sabemos que se trata más que de una forma de satisfacer las necesidades sexuales, de una manera enfermiza de ejercer el poder. Provocaciones, voigerismo (disfrute ante la “desnudez” del otro), en sentido espiritual, es decir, búsqueda de la debilidad de los fieles en su narración, con connotación morbosa, constituye un gran problema que padecen algunos, dando espacio a las seducciones y manipulaciones que hacen sufrir.

También el documento *El don de la vocación presbiteral: Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* se refiere a estos límites diciendo: “El desafío del celibato: vivir el celibato por el Reino, en medida de nuevos estímulos, las tensiones de la vida pastoral, en vez de favorecer el crecimiento y la maduración de la persona, pueden provocar una regresión afectiva, que induce, bajo la influencia de una tendencia socialmente difundida a dar espacio indebido a las propias necesidades y a buscar compensaciones”.

Los abusos de poder y de conciencia son otro espacio de sombra que pesa sobre algunas personas, que es posible sean más afrontados en los años venideros. Téngase en cuenta que el confesonario, mal manejado, puede ser un espacio de vulnerabilidad y vulneración.

5. Celos y envidia.

El psicólogo camilo, presbítero, Luciano Sandrin, ha escrito recientemente el libro titulado: “¿Envidioso yo? En él se pone de manifiesto el poder que tiene esta emoción de la que es difícil hablar y que, como seres humanos, habita también –con más o menos intensidad- en la persona de algunos presbíteros.

Son visibles, en ocasiones, los celos apostólicos, esos que se notan en roles o momentos de significatividad, también en la vida litúrgica, en los roles diocesanos y otros. El poder de la envidia mala, la insana, la que no es mera admiración del bien del otro, es grande.

También la sabiduría bíblica se refiere a ella: “El corazón apacible es vida de la carne; mas la envidia es carcoma de los huesos.” (Pr 14:30).

La envidia está en el origen de numerosos males. Los celos apostólicos ridiculizan al presbítero, le muestran feo, inmaduro, orgulloso... Generan muchas dificultades de trabajo en grupo y equipo, destruyen porque el celoso no quiere que el otro tenga bienes y cualidades.

6. La salud de los presbíteros en clave de fe.

Como todo ser humano, los presbíteros sufren dificultades de salud. No tener familia puede ser una circunstancia que dificulte la experiencia de la enfermedad y el envejecimiento. En ocasiones es demasiado visible el mejorable cuidado de los sacerdotes mayores, incluso obispos que, como seres humanos, viven sus crisis.

En el mundo de la gerontología se evocan las crisis de identidad, autonomía y pertenencia. ¿Quién soy yo con lo que he sido?, ¡qué rabia ahora, tener que necesitar ayuda para las actividades de la vida diaria!, ¡cuántos de los míos ya no están!, son formas que adquieren estas crisis en la experiencia.

Cabría esperar también que vivir la enfermedad y la dependencia fuera una oportunidad de evangelización: conjugar los valores en pasiva, pero no siempre se logra. Se hace experiencia de que aquellos conceptos de “milagro” manejados a veces superficialmente, no se producen en la propia persona.

También la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 2016, advierte: del “riesgo de sentirse funcionarios de lo sagrado”: el trascurso del tiempo puede generar en el sacerdote la sensación de sentirse como un empleado de la comunidad o un funcionario de lo sagrado. (84 b)

7. Síndromes religiosos cristianos.

Al amparo del texto de Col 1, 24: “Completo en mi carne lo que falta al cuerpo de Cristo que es la Iglesia”, hemos vivido un cierto dolorismo en la historia de la Iglesia. Algunos enfoques del sufrimiento en clave de expiación han llevado a espiritualidades que ensalzaban el sufrir como un bien, como camino de redención, en lugar de ensalzar el amor como camino de salvación.

Al peligro del dolorismo, de alguna manera se refirió el papa Benedicto XVI en *Spe Salvi*: *Quisiera añadir aún una pequeña observación sobre los acontecimientos de cada día que no es del todo insignificante. La idea de poder «ofrecer» las pequeñas dificultades cotidianas, que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas, dándoles así un sentido, era parte de una forma de devoción todavía muy difundida hasta no hace mucho tiempo, aunque hoy tal vez menos practicada. En esta devoción había sin duda cosas exageradas y quizás hasta malsanas, pero conviene preguntarse si acaso no comportaba de algún modo algo esencial que pudiera sernos de ayuda. ¿Qué quiere decir «ofrecer»? Estas personas estaban convencidas de poder incluir sus pequeñas dificultades en el gran com-*

padecer de Cristo, que así entraban a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano. De esta manera, las pequeñas contrariedades diarias podrían encontrar también un sentido y contribuir a fomentar el bien y el amor entre los hombres. Quizás debemos preguntarnos realmente si esto no podría volver a ser una perspectiva sensata también para nosotros.

No es ajena a la realidad tampoco el riesgo de intentar consolar en el duelo con planteamientos que pueden aumentar el sufrimiento de los dolientes. Algunos presbíteros, no teniendo conocimiento suficiente sobre el mundo del duelo, interpretan las narraciones de experiencias de alucinación o pseudoalucinación asociadas al duelo, como pruebas de nuestra fe en el más allá. Hay personas en duelo que sufren de una forma añadida por estos enfoques necesitados de una cultura específica y especializada sobre duelo complicado y patológico, así como sobre las llamadas experiencias de muerte temporal.

8. Final de vida y muerte.

“En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven te vestías y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo extenderás las manos y otro te vestirá, y te llevará adonde no quieras”. (Jn 21, 18)

La experiencia del envejecer y del aproximarse de la muerte, producen también, en algunos sacerdotes, una particular dificultad a dejarse cuidar. No solo físicamente por eventuales razones de pudor –tan humano, por otro lado-, sino también resistencias espirituales. Suena la voz de Pedro, en Jn 13, 6. “Entonces llegó a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?”

El documento ya citado *El don de la vocación presbiteral: Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* dice: “A cualquier edad puede suceder que un sacerdote necesite asistencia a causa de alguna enfermedad. Los sacerdotes ancianos y enfermos ofrecen, a la comunidad cristiana y al presbiterio, su propio testimonio y son un signo eficaz y elocuente de una vida entregada al Señor.”

El autor Mitch Albom, en su libro “Martes con mi viejo profesor”, evoca un pasaje interesante:

“Y ¿Sabes una cosa? Una cosa muy extraña.

-¿Qué es?

Que empecé a disfrutar de mi dependencia. Ahora me gusta que me vuelvan de costado y me pongan pomada en el trasero para que no me salgan llagas. O que me sequen la frente, o que me den un masaje en las piernas. Gozo con ello. Cierro los ojos y me deleito con ello. Y me parece muy familiar.

Es como volver a ser niño. Que un apersona te bañe. Que una persona te tome en brazos. Que una persona te limpie. Todos sabemos ser niños. Lo llevamos dentro. Para mí, es una cuestión de recordar el modo de disfrutarlo.

La verdad es que cuando nuestras madres nos tenían en brazos, nos acunaban, nos acariciaban la cabeza, ninguno de nosotros se cansaba nunca.”

Al final de la vida nos encontramos que no son muchos los presbíteros que han realizado su Testamento vital, voluntades anticipadas o directrices previas. Por eso, son frecuentes los problemas de aquellos en torno a los cuales, cuando pierden la conciencia por

deterioro cognitivo u otra enfermedad, aparecen figuras familiares, como sobrinos, adjudicándose más poder de decidir que los responsables del cuidado en los últimos años, como por ejemplo los coordinadores de las casas sacerdotales.

9. Digitalización y pastoral.

En los últimos años, el poder de la digitalización aumenta. En los futuros, no sabemos lo que nos espera con el mundo del metaverso. Aquel cuerpo evocado por Pablo, espiritual, hoy lo podemos asociar –solo limitadamente y metafóricamente- al cuerpo digital alcanzable hoy. Y en la vida pastoral surgen muchos desafíos que aún no parecen suficientemente planteados.

Habrà que situarse ente la posibilidad de desencarnación, deslocalización y transmisión online de todo tipo de ritos. Habrà que discernir pastoralmente sobre los límites para la vida sacramental en relación a lo posible de lo virtual. Una particular relevancia la encontraremos en el duelo.

Y no son pocos los problemas que surgen para algunos presbíteros que, fascinados por lo digital, hacen de su habitación o de su despacho, un mundo oscuro, en el que es más difícil de saber si hay vida de intimidad o vida ministerial o si se está localizado pastoralmente o conectado con otro continente.

9. Dinero: “Nadie puede servir a dos señores”.

El viejo riesgo de gestionar indebidamente los recursos procedentes del ministerio, en particular los estipendios y donaciones, es real. Siguen habiendo presbíteros que van detrás de los estipendios de las misas y que destinan de manera no transparente esos recursos.

La experiencia nos dice también que existe el peligro de emigrar –como presbíteros- con motivaciones espurias, entre las cuales también las económicas.

“Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y despreciará al otro. No se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas”. (Mt 6, 24)

Tratar de manera transparente, legal, noble, el dinero, será siempre un reto. Como lo es el mismo cuidado de los billetes y las monedas, que, cuando escasean, se consideran preciosos y, en otras ocasiones, pueden ser gestionados con un desparpajo irreverente.

En *El don de la vocación presbiteral: Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis* leemos: “La atracción del poder y la riqueza: el apego a una posición, la obsesiva preocupación por crearse espacios exclusivos para sí mismo, la aspiración a “hacer carrera”, la aparición de un ansia de poder o de un deseo de riqueza, con la consecuente falta de disponibilidad a la voluntad de Dios. Será necesaria la corrección fraterna.”

10. Sanadores heridos.

La figura y arquetipo del sanador herido representa un potencial humanizador de envergadura. La posible fuerza que emerja de la debilidad, podría ser motor de compasión y misericordia.

El sanador herido lo encontramos en el mito de Quirón, quien podía curar a los demás, pero no a sí mismo. Así también en cierto fondo de la figura del Siervo de Yahvé. Y luego se convertirá en arquetipo junguiano.

Cor 12,9: “Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad. Cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

El padre Chevrier afirmaba: “Cuanto más pobre se es, más se glorifica, más se ama a Dios y uno se hace más útil al prójimo”. (VD 535)

Henri Nouwen encontró el modo de transformar su pobreza en fuente de una particular espiritualidad de la que disfrutamos en sus *obras, también en la titulada “El sanador herido”*.

Estamos invitados a vivir con el deseo de buscar el bien, “como arqueros al blanco”, decía Aristóteles. Y Pablo, a los Efesios, es exhorta: “Antes, ustedes eran tinieblas, pero **ahora son luz en el Señor**. Vivan como hijos de la luz. Ahora bien, el fruto de la luz es la bondad, la justicia y la verdad.” (Ef 5, 8-9)

La pobreza aquí indicada, referida a la vulnerabilidad sacerdotal, representa, sin duda, pobreza compartida con la condición humana. Es citada de manera específica con la única voluntad de motivarnos recíprocamente, desde el diagnóstico que haga honor a la verdad de cada quien y viva la sombra como desafío de integración, conversión y crecimiento humano y espiritual.

José Carlos Bermejo
www.josecarlosbermejo.es

